

Dioses, extraterrestres y máquinas

Mariano Arias.

Oviedo, España

RESUMEN

El presente estudio se propone contribuir a la crítica materialista de la creencia y la mitología entorno al mundo sobrenatural, en su manifestación de la realidad de seres extraterrestres, en su relación con el avance tecnológico y la sacralización o divinización de las máquinas. Se establece un estado de la cuestión para permitir rastrear los orígenes de la mitología alienígena desde la prehistoria hasta los albores de la edad contemporánea, matizando elementos religiosos y delimitando las pseudocreencias y categorías científicas en los diversos géneros literarios (poéticos, narrativos, mitológicos, comics, etc.), cinematográficos y manifestaciones artísticas.

RÉSUMÉ

Cette étude se veut une contribution à la critique matérialiste sur la croyance et la mythologie du monde surnaturel, dans son expression de la réalité des êtres extraterrestres, et son rapport avec l'avance technologique et la sacralisation ou divinisation des machines. On établit un état des choses où l'on explorera les origines de la mythologie alienigène depuis la préhistoire jusqu'à la naissance de l'âge contemporaine et où l'on restreindra les pseudo-croyances et les catégories scientifiques dans les divers genres littéraires (poétiques, narratifs, mythologiques, bandes-dessinées, etc.), cinématographiques et différentes manifestations artistiques.

Los últimos decenios de este milenio han visto surgir el renacer de un personaje que bajo nombres, formas o aspectos diversos, recorre la historia del hombre desde los primeros balbuceos técnicos de la prehistoria y desde que la escritura se consolidó como manifestación material del relato, del *mito* y del *logos*. No sólo la narrativa literaria (el género de la ciencia ficción) sino la cinematográfica o la propia religión han estudiado su origen, manifestación y sustancia. La figura del alienígena o extraterrestre, la propia del robot en tanto máquina exenta al cuerpo humano quedan delimitados en la actividad intelectual e imaginaria. También su estudio ha sido objeto hasta el presente de diversidad de interpretaciones por parte de las ciencias categoriales, sociales, humanas, antropológicas o religiosas.

Pero si los nombres son distintos (a veces aspectos o atributos del prototipo) uno sólo parece designarlo más comúnmente, y así con el vocablo «extraterrestre» acaso se quiera significar no tanto la voluntad sustitutiva de un Dios como depositar en él la frustración o el deseo interno de trascendencia e inmortalidad. Ciertos acontecimientos literarios, cinematográficos o hechos *realmente* acontecidos en estos últimos años (y decimos *real* aun cuando su explicación queda sujeta a la prueba de la verdad) propician el interés creciente por los extraterrestres. Citemos algunos de estos paradigmas: la presencia del cometa *Hale-Bop* en su órbita más cercana a la Tierra desencadenó el suicidio de unos jóvenes en EE.UU., el lanzamiento de la nave espacial Mars Pathfinder al planeta Marte, el Proyecto SETI de búsqueda de inteligencia extraterrestre propiciado y divulgado por Carl Sagan, las películas *Independence Day*, *Contact* o *Misión a Marte*, el éxito de la serie televisa *Expediente X*, etc., por no citar el incremento de revistas editadas en España que dedican al tema amplios espacios y números extraordinarios (“Próximo Milenio”, “Más Allá de la Ciencia”, “Enigmas”, “Muy Interesante”, “Karma 7”, etc.), o los espacios radiofónicos de distintas cadenas (“IV Milenio” de la SER, el programa radiofónico dirigido por Iker Jiménez, es un ejemplo de esta divulgación de fenómenos paranormales pseudocientíficos producto de imaginaciones cuando menos mistericas e irracionales). Espacios que siguen la estela histórica de las primeras revistas, la británica *Flying Saucer Review*, la francesa *Lumières dans la Nuit*, la *Planète* de Jacques Bergier y Louis Pauwels, o la española *Horizonte*.

1. Cabe, desde luego, esbozar una definición de extraterrestre en este tiempo de desafíos tecnológicos, teniendo en cuenta tanto la literatura como los testimonios individuales recogidos hasta el presente. Podría ser de este tipo: «extraterrestre», a nuestro juicio, sería una entidad no personal, no humana, ajena a la Tierra por propia definición, y con la cual cabe establecer una relación, bien personal, es decir, físicamente (por ejemplo hablando, orando, adorando), bien extrasensorial, telepática, aunque es fundamental que su morfología sea cuestión de criterios dispares, contradictorios, y los ejemplos son casi infinitos: desde la propuesta de Spielberg en *E.T.* hasta los marcianos, hombres verdes, lagartos, diferentes a los *Gremlins*, los animales buenos, o los *Criters*, animales salvajes; seres, en fin, de energía desconocida, «supermanes», etc., etc., casi siempre animales con apariencia humana (aunque no sean más que una máscara cuando se presentan ante humanos).



Relieve describiendo a Gilgamesh entre dos dioses-hombre soportando las dos alas del Sol. Tell-Halaf. Siria, 4.000 an.era.

No creemos, sin embargo, que los extraterrestres sean una materia privilegiada, única, de la ciencia ficción, la religión del futuro puede tener, ya la está teniendo, como base a los extraterrestres (los davinianos, distintas sectas americanas y europeas, las estadísticas estadounidenses de un altísimo número de fieles creyentes en seres extra-

terrestres inteligentes, etc.). Y ello sin menoscabo de reconocer la posibilidad de vida en otros centros de nuestro sistema solar o de otros sistemas distintos. Suponemos que, ajena al campo científico (salvo en las conjeturas propias de su estudio), tal materia ha sido tratada de distintos modos desde el principio de la humanidad en el amplio campo de la imaginación, y siempre, desde luego, en función directa de los logros experimentados en el campo científico (el de las ciencias categoriales, positivas: física, química, etc.).

En lo que concierne a los orígenes de los seres *no terrestres*, sus manifestaciones e interpretaciones se encuentra un elenco variado de escritos dedicado a este tipo de género literario ficticio, “científico” o imaginario. Antonio Ribera fue uno de los primeros impulsores en España, ya en los años cincuenta, de lo que se denominaría "primera generación" de investigadores OVNI. Junto a otros ufólogos como Eduardo Buelta y Màrius Lleget llevó a feliz término la creación del *Centro de Estudios Interplanetarios (CEI)* de Barcelona, una entidad dedicada a la investigación del fenómeno OVNI. Con el tiempo Antonio Ribera se constituirá en un referente nacional y mundial del “movimiento ufológico”, mentor de una generación entre las que se encuentran Juan José Benitez, Javier Sierra o Iker Jiménez, entre otros.

Uno de los referentes mundiales en este campo, y de enorme influencia en los círculos de creencia extraterrestre tanto española como internacional, fue Peter Kolosimo quien se ha esforzado en los años setenta por investigar las formas, características y taxonomía de los OVNI y extraterrestres en la Prehistoria, es decir, en la etapa anterior a la escritura, al signo textual, al “grafismo lineal” como denomina las primeras escrituras, con acierto expresivo, Paul Ricoeur. En el libro *Astronaves en la Prehistoria* (1974) Kolosimo hace un esfuerzo de interpretación por constreñir cientos de manifestaciones pictóricas, ideográficas y grafismos a la singular manifestación de representación gráfica de extraterrestres y naves espaciales. Para ello se apoya en los estudios de campo de André Leroi-Gourhan y la interpretación que llevó a cabo el famoso ufólogo Aimé Michel en el artículo “Palaeolithic UFO-Shapes”, publicado en la revista *Flying Saucer Review* (vol.16, nº2, mayo-junio 1970). Este último, acerca de algunas manifestaciones pictóricas de la cueva de Altamira, La Pasiega o Lascaux, escribe:

Es desconcertante el hecho de que los hombres primitivos del período magdaleniense vestidos de pieles animales y armados con hachas de piedra, hubieran podido concebir objetos tan parecidos a máquinas sustentadas por cuatro patas, provistas de antenas y escalas. Y lo que aumenta nuestro estupor es la figura humana, que nos da una idea de las dimensiones del «aparato» que tiene encima. ¡Son las dimensiones del LEM, del «módulo lunar» americano!

Peter Kolosimo comenta exhaustivamente los signos y formas expresivas paleolíticas apoyándose en la autoridad ufológica de Aimé Michel. Afirma que “reprodujeron muy fielmente todo lo que querían reproducir. Su veracidad era absoluta”. Y Aimé Michel, respecto de lo que denomina OVNI, escribe:

Si estas obras no representan nada, hemos de preguntarnos cómo es posible que artistas tan apegados al realismo en cualquier otro campo expresaran sus fantasías imaginando de modo preciso, con sorprendente exactitud, aquellas formas cuya existencia demostraría de 15.000 a 20.000 años más tarde el «Informe Condon».

Respecto de las formas de los seres extraterrestres el propio Aimé Michel describe de este modo las figuras “humanoides” no terrícolas representadas en *Pech Merle*, Lot, en Francia, de hace 15.000 años:

Tiene un cráneo enorme, el mentón puntiagudo, carece de orejas y los ojos son representados por líneas oblicuas, alargadas hacia arriba.

2. Desde nuestra perspectiva parece pertinente señalar lo siguiente: acaso la ciencia ficción tenga sus orígenes (en el sentido de hacer permeable los datos de la experiencia al proyecto explicativo de los fenómenos, deshacer la ignorancia, etc.) en Platón (por ejemplo, con *La Atlántida*), en la *Epopéya de Gilgamesh* (personaje que Peter Kolosimo estudia desde el punto de vista de la consideración de ser no terrestre) en los relatos del Diluvio Universal (2.400 a.n.E.) tal como se encuentran, por ejemplo, en el *Enuma Elish* o en *Génesis*. Aunque tal cuestión debe precisar los parámetros pertinentes, la intencionalidad explicativa de los fenómenos interpretados, el nivel de conocimientos de hace 3.000 años, por ejemplo, frente al saber científico y tecnológico del siglo XX (y en su caso del XIX: Julio Verne, etc.), es decir, la «inocencia» del hombre que enuncia en una fecha el regreso explicativo a fuentes primarias, originarias.

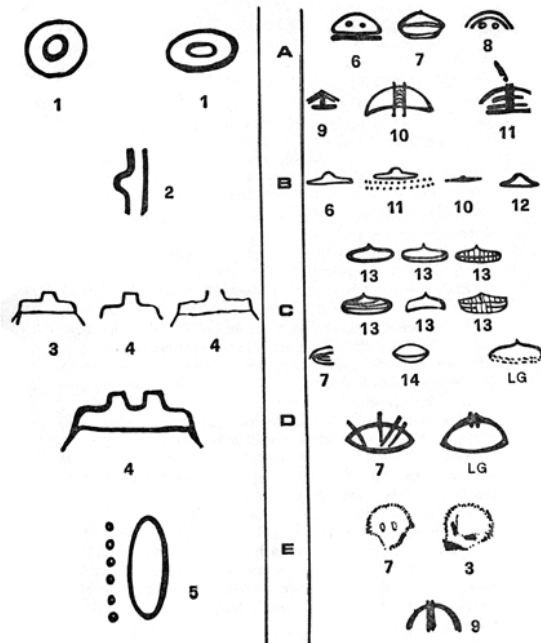
Pero tal vez la ciencia ficción de la última generación haya consolidado su capítulo en función del desarrollo de las nuevas tecnologías y el agotamiento de temas narrativos clásicos. Heredera natural de las premisas literarias desarrolladas desde la

antigüedad (siguiendo la tradición de la mitología, de H.G. Wells, también del relato filosófico *Micromegas* de Voltaire —aun con propósitos moralizantes— o del Luciano de Samósata del siglo II, pero también con el Aldous Huxley de *Un Mundo Feliz*, alejado éste desde luego de la visión de extraterrestres pero que inaugura un enfoque del futuro del hombre aquí pertinente, como la famosa narración cinematográfica de *Metrópolis* de Fritz Lang, o las narraciones extraordinarias de H.P. Lovecraft o Flash Gordon, etc., etc) la ciencia ficción ha dado un salto cualitativo, y ello si constatamos que su repertorio es amplio: *La Tierra contra los Platillos Volantes*, dirigida por Fred F. Sears en 1956, es ya una película de culto en la historia cinematográfica de la ciencia ficción-extraterrestre. En esta película se interpreta por primera vez el tipo de OVNI como lo conocemos en la actualidad, es decir, de forma redonda, con la cabina protegida por dos platos semejantes y con giro inverso, a la vez que se le impuesta un sonido ululante. Tim Burton con *Mars Attacks!*, se permitió homenajearla en algunos planos copiando literalmente pasajes enteros. Guiones de Arthur C. Clarke o Stanley Kubrick, creaciones como *Poltergeist*, *Independence Day*, *Alien*, la serie televisa *V*, o *Men in Black*, *Contact*, *Los invasores de cuerpos*, *Species*, etc. han situado a este género entre los más fértiles del arte cinematográfico. En cualquier caso, las distintas interpretaciones o exposiciones literarias, sean o no fundadas en conceptos míticos, suponen un deseo implícito de trascender el presente, augurar el futuro, asentar el orden de cosas presente o transformar el pasado desde un punto de vista que, aun suponiendo una base científica, desborda su estricto marco. Y ello sin menoscabo de la base ética y no simplemente estética expresada por la literatura (y en su caso la narrativa cinematográfica), cuya manifestación más antigua conocida hasta el presente se encuentra en los relatos iraníes y bíblicos. Uno de los últimos relatos cinematográficos, *Invasión*, del director Oliver Hirschbiegel, no esconde la nueva interpretación que sobre este fenómeno revisamos. Basada en la novela de Jack Finney el guionista David Kajganich señala:

En la novela de Finney, la presencia extraterrestre simplemente quiere sobrevivir. Pero la supervivencia adquiere formas distintas. Sólo hay que mirar a nuestro alrededor hoy en día para darse cuenta de que en nuestro mundo el poder no inspira nada más que el deseo de conservarlo y de eliminar todo lo que pueda amenazarlo. No es una casualidad que el vehículo de esta invasión aterrice en el centro neurálgico del país, Washington DC.

La interpretación que cierta literatura fantástica y hermética contemporáneas

hace de los textos bíblicos y descubrimientos arqueológicos, ignorando en ocasiones su estricto marco mítico, va dirigida hacia el fin que marcará buena parte de los textos referidos al fenómeno extraterrestre: que desde el principio de la humanidad la presencia de vida ajena fue decisiva, no sólo para que el hombre fuera inteligente sino que los propios extraterrestres participaron de distinto modo, y según las distintas dimensiones en las que se les colocaran, para la propia vida material humana. Consecuentemente, las pirámides de Egipto se construirían bajo esta atmósfera extraterrestre; el tabernáculo de los judíos en su éxodo hacia la Tierra prometida no sería sino una enorme pila atómica abastecedora de energía para las naves extraterrestres; el carro que trasladó a la otra vida a Isaías (acaso al cielo o al espacio intergaláctico) sería un OVNI, como también ciertas figuras de la Puerta del Sol de Tiahuanaco que representarían una escafandra espacial y un motor a iones solares respectivamente, o el famoso «astronauta del valle del Cauca» en Colombia, etc., etc. Sin olvidar la amplia literatura en forma de cuentos, *comics*, fotografías y formatos diversos refiriendo las vicisitudes de “robots alienígenas”. En clave OVNI es interpretada también la personalidad de Jesús, pero también los escritos bíblicos, el *Éxodo* o el *Levítico*; éste es el pensamiento del estigmatizado Giorgio Bonnomani, fundador de la “Fraternidad cósmica”, heredero directo de otro estigmatizado, Eugenio Siragusa. Su “filosofía” sería esta: los seres de otro mundo nos visitan desde el principio de los tiempos para advertirnos del peligro en el que está sumida la Humanidad y del cataclismo esperado, así como del inminente fin del mundo.



Signos hallados en grutas de la región francocantábrica por Aimé Michel (30.000 10.000 a. n. era).

El fondo del asunto ha sido tratado por distintos autores dedicados al fenómeno extraterrestre y que alcanzaron éxito en los años setenta. Sin olvidar la famosa *Ecuación de Drake* y la *Paradoja de Fermi*. Fórmula, la de Drake, ideada por el astrónomo Frank Drake hacia 1960 que se proponía establecer la probabilidad del contacto con una civilización extraterrestre siguiendo unas variables entre las que se incluían el número de planetas habitables. Otros dos autores Taylor y Boan plantean una revisión de esas teorías, acaso más conservadoras, fundadas en la posibilidad de que los alienígenas no pueden viajar más rápido que un 10% de la velocidad de la luz. Después de establecer las pertinentes ecuaciones matemáticas llegan a la conclusión de que nuestra galaxia, la Vía Láctea, comprende miles de especies alienígenas inteligentes, y existe una “alta probabilidad” de que alguna de esas civilizaciones aterricen en la Tierra con la frecuencia de un siglo.

Con mayor o menor fantasía, ciencia y método, se pueden encontrar los siguientes libros: *En busca de extraterrestres*, de Alan Landsburg; *OVNIS: el fenómeno aterrizaje*, de Vicente Ballester; *Nuestros vecinos del cosmos*, de Gunter Paul; *Los hombres de negro y los Ovnis*, de Pablo Zerpa; *100.000 kilómetros tras los OVNIS y El enviado* de Juan José Benítez; *El misterio de Ummo*, de Antonio Ribera al que nos

hemos referido anteriormente, el ya citado *Astronaves en la Prehistoria*, de Peter Kolosimo, etc., etc. Desde luego hay que mencionar a Brinsley Le Poer Trench, presidente del “International Sky Scouts” (Los Exploradores Internacionales del Cielo), y su obra *The Flying Saucer Story* (*La Historia de los Platillos Volantes*), de enorme influencia en la década de los cincuenta.



“Alienígena” accidentado en Roswell (Nuevo México, EE UU). Fotograma de una película considerada un fraude y supuestamente rodada en 1947 por las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos.

En cualquier caso la *tecnolatría* de nuestro tiempo, ya en el siglo XXI, se ha situado en un plano distinto: los datos técnicos, la aviación, los vuelos espaciales, el desarrollo tecnológico de las computadoras, las supuestas apariciones de OVNIS, la difusión espectacular de los supuestos encuentros con extraterrestres, los abducidos, han propiciado esa religiosidad secundaria característica de esta civilización. Ahora, parece como si la tecnología estuviera al servicio de la magia, como si las «nuevas tecnologías», con su carga ideológica, invitaran a una nueva mutación revolucionaria. El colombiano César Reyes, coordinador documental de la revista “Cuarta Dimensión” expone los criterios diversos acerca de unos colgantes, en forma de ave, un collar de 5 cm de medida, cuya antigüedad se calcula en unos 2.000 años, y han sido catalogados como “ornamentos religiosos”. La posibilidad de que uno de ellos pueda ser un objeto volador es polémica entre algunos intérpretes. Conservado en el *Museo de Oro* precolombino de Colombia, la pieza zoomorfa fue hallada en las tumbas de Tolima. Para el escritor e investigador Ivan Sanderson el medallón en cuestión adquiere todo su

sentido si se le considera un artefacto, “un objeto mecánico muy semejante a un avión moderno, con alas en forma de delta, cola y alerones o elevadores, cabina, parabrisas y compartimiento de motor incluido”.



Colgante en oro considerado los ufólogos como un “objeto volador” hallado en las Tumbas de Tolima. Arte precolombino. Museo del Oro, Colombia..

3. Los extraterrestres o alienígenas, aparte de ser animales en su mayoría, siempre se mueven en el terreno maniqueo del bien o el mal: los buenos encarnan a los ángeles, la buena nueva *venida del cielo*, la esperanza de la paz y la fraternidad; un mesianismo simplón cuyo ejemplo puede ser el de *Encuentros en la tercera fase* (Steven Spielberg, 1977). Los malos son agresivos, voraces devoradores, misteriosos tras su apariencia *indestructible*, entes que pueden ser microbios, lagartos, sapos viscosos como el Jabba de *El retorno del Jedi*, hombres verdes, la voz de un monstruo y en la mayoría de los casos invasores venidos de otros mundos (intergalácticos o lunáticos, marcianos o venusianos) para apoderarse de la Tierra. Este tipo de colonización, asidua en las pantallas cinematográficas, aparece en la década de los cincuenta y continuará hasta nuestros días, podría decirse que agotando el mito del alienígena para la ciencia-ficción. Sin olvidar, entre los buenos extraterrestres a los que se adhieren a la fraternidad intergaláctica como en el film *Starman*, de John Carpenter (1984), o el paradigma de todos ellos, *E.T., el extraterrestre*, en donde el alienígena es olvidado por sus hermanos en la Tierra. Pero el ser de pesadilla, malvado, agresivo es el de *Alien, el octavo pasajero* (Ridley Scott, 1979), bicho asqueroso que contrasta morfológicamente con el emperador del planeta Mongo, el Ming de *Flash Gordon*,

creado por Alex Raymond, aunque los *Gremlis* y los *Criters* en su apariencia son desde luego repulsivos.

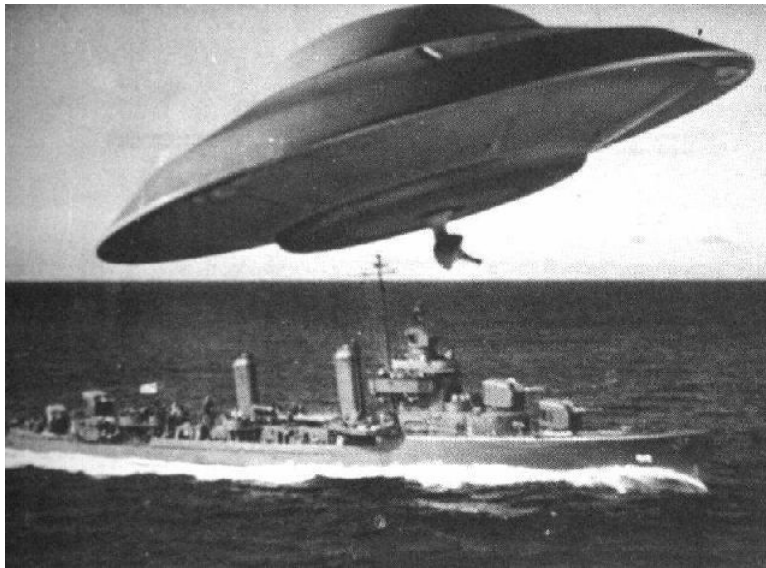
Peter Kolosiimo por su parte no duda en el citado libro de *Astronaves de la Prehistoria* en admitir la existencia de señales extraterrestres. Sin fundamento ni crítica, presentando argumentos ambiguos, contradictorios en algunos casos, especulativos en demasía escribe:

Así pues, el universo humano (terrestre) ha sido poblado por infinidad de seres a lo largo de la historia, afectados de divinidad unos, antropomorfizados otros, animales en un noventa por ciento; ha sido poblado desde la imaginación, es cierto, por la razón, sea o no mitológica. Las pruebas de la existencia de formas de vida en otros planetas llueven continuamente sobre la Tierra y no en sentido figurado. Extraños mensajes radiofónicos regulares aunque indescifrables, vienen siendo captados cada vez más frecuentemente (el más reciente, mientras estamos escribiendo, proviene de esa enigmática región de las Pléyades a la que se refieren tantas leyendas, tantas configuraciones de un lejanísimo pasado) y sobre nuestro globo caen meteoritos que indudablemente contienen sustancias orgánicas.



Una de las líneas de fuerza que categorialmente queda adscrita a los orígenes de la creencia en extraterrestres, e históricamente cumple la función de factor determinante, es la creencia en *incubos* y *súcubos*, prodigados en la Edad Media. Serían seres inteligentes, sobrenaturales, cuerpos físicos, por tanto reales, capaces de materializarse en lo que la creencia acrítica denomina universo tridimensional. Los *incubos* no serían sino una de las manifestaciones de los demonios bajo la forma de varón con el destino de copular con mujeres, mientras que los *súcubos* cumplirían

idéntica característica y destino aunque con los hombres. Distintas secuencias de escritos, leyendas y cuentos refieren múltiples variantes de estos seres principalmente populares en la Edad Media (San Gil es considerado protector contra el miedo y el *incubo*, en la religión católica), y que bajo distintas formas y hábitos, nombres y diferencias no sustanciales, incluidas las extraterrestres han evolucionado hasta nuestros días incluyendo la primera etapa álgida de la creencia extraterrestre desde aproximadamente los años treinta y cuarenta del siglo XX (conviene señalar que según la angeología católica, los ángeles son incorpóreos. Sólo cuando la Santa Inquisición ejerció su poder testimonial se estableció la creencia en la corporeidad de ciertos demonios. San Agustín y sus contemporáneos, en un principio escépticos ante tales fenómenos, terminaron por aceptar su realidad como entidades tanto demoníacas como físicas). Recordemos la posición de Apuleyo: «Los demonios son animales, pasivos en el ánimo, racionales en el entendimiento, aéreos en el cuerpo, eternos en el tiempo».



Fotograma de la película *La Tierra contra los Platillos Volantes*, dirigida por Fred F. Sears en 1956.

La evidencia de vida más allá de la Tierra ha concernido siempre a ese poder de la mente (tomado aquí como capacidad de indagación), variable, indefinido a veces, que concierne tanto a los principios de la naturaleza como a los de la imaginación.

Espíritus, seres divinos, extraterrestres, por tanto, han estado presentes en la Tierra desde el nacimiento del hombre (casi podríamos decir desde el primer hombre, el Adán científico o el Adán bíblico). Anudado a ello la astrología primero y los descubrimientos astronómicos, constelaciones y planetas por ejemplo, han propiciado la traslación de divinidades del mundo terrestre hacia el mundo 'extraterrestre'. Fenómeno que queda explicado en los escritos de la influyente iglesia mormónica americana; no en vano se consideran descendientes de los hijos espirituales de Dios y provenientes de algún lugar ajeno a la Tierra. Acaso la creencia en extraterrestres pueda tener, desde estos supuestos, una variante en la figura de *Cristo*, en cuanto, siguiendo a Santo Tomás en *Suma Teológica* (c.119 a.2), sólo la materia de su cuerpo fue suministrada por la Virgen María, pero no la virtud activa «porque su cuerpo no fue formado por virtud de sustancia seminal de varón, sino por la acción del Espíritu Santo». En cualquier caso, la creencia en seres de otra dimensión es creencia en *númenes*, siguiendo la interpretación dada por Gustavo Bueno en *El Animal divino* (1996), al modo como los ángeles o los diablos funcionan en la religión cristiana. *Númenes*, pero androides, serían los extraterrestres. Es más, se encuentra un antropologismo en el sentido de Feuerbach (que no escapa al idealismo) cuando escribía: «El hombre hizo a Dios a su imagen y semejanza».



Figura del denominado por los ufólogos “astronauta del Valle del Cauca”, empuñando dos cetros en espiral. Colombia occidental.

Gustavo Bueno llevó a término desde las coordenadas del materialismo filosófico (cf. *op. cit.*) la construcción de una Filosofía de la religión fundamentada en los *númenes* y en los animales, en el significado de la religión en una ontología materialista pluralista. Y partiendo de la base de que la religión es un contenido del «material antropológico», una «determinación» del hombre en cuanto objeto de la Antropología filosófica.

Estableciendo la división en *religión primaria, secundaria y terciaria*, Gustavo Bueno sistematiza una concepción de la religión que ha producido un debate en los últimos años de enorme trascendencia en la consideración tanto de los animales como “sujetos” de la religión, así como de los “extraterrestres” en cuanto sustrato de una futura “personificación religiosa”. Desde este punto de vista, merced también al establecimiento de la Etología, la consideración de los animales de las etapas paleolíticas, su representación, queda sujeta a un tipo de análisis enfrentado tanto a las posiciones humanistas, espiritualistas como las fundamentadas en las pseudocreencias. Señala Bueno (“Sobre la verdad de las religiones y asuntos involucrados”, *El Catoblepas*, nº 43, 2005):

Sólo cuando se asumían formalmente (...) los resultados de la Etología, que fueron demostrando la proximidad de la condición animal a la condición humana, podrían comenzar a ser considerados los animales como entidades personiformes, más aún, como «personas»; y si esto escandalizaba al humanismo personalista, no tenía por qué escandalizar a quien había seguido la tradición de la idea de persona, a quien tenía presente cómo la Idea de persona humana se había conformado precisamente a partir de las Ideas de personas anantrópicas, y precisamente las personas divinas del Concilio de Nicea y, por ampliación retrospectiva, los demonios de Apuleyo.

La Etología abría la puerta, por tanto, a la posibilidad de hablar «sin escándalo» de personas, refiriéndolas no sólo a los espíritus (a las personas de la Santísima Trinidad, a los ángeles, a los arcángeles, a los querubines o a las dominaciones del Pseudo Dionisio), sino también a los animales no linneanos (dioses de Epicuro, demonios de Apuleyo); pero sobre todo también a animales linneanos. Porque «persona», en general (humana o no humana), comenzaba a equivaler ya a «sujeto operatorio» dotado de *vis cognoscitiva* (y no solo de «facultades sensibles», sino también «intelectuales») y de *vis appetitiva* (y no solo de tropismos, sino de conducta teleológica, de deseos o de voliciones).

Y añade, valorando ya no la realidad de la religión, sino la verdad de la misma en la consideración del hombre como constructor de la propia religión:

La cuestión de la verdad de la religión, en cuanto vinculada a los númenes, se planteaba por tanto como la cuestión de la realidad de los númenes que, siendo trascendentes al hombre, estuvieran, en cuanto entidades, vinculados

trascendentalmente con los hombres (...). No se trataba por tanto de una simple cuestión (muy importante filosóficamente en todo caso) acerca de si existen o no seres «personiformes» no humanos en alguna galaxia, al modo de los dioses de Epicuro, sino de entes que estuviesen involucrados de tal modo con los hombres que, sin ellos, la propia realidad humana resultaría inexplicable. La cuestión de la verdad de la religión implicaba por tanto la cuestión de la realidad de los númenes y de su involucración trascendental con los hombres.

4. En este barrido que estamos estableciendo es pertinente destacar, y no solo para reflejar el “horizonte mundano”, el mundo del cómic, ejemplo pertinente de un tipo de moralidad encarnado en personajes y acciones que ya son clásicos reeditados: *Spiderman*, *Batman* y del *Supermán* utilizado en la guerra fría contra los comunistas o en el *Robocop* (el Supermán «democrático») de esta pasada década, o el personaje pícaro *Mxyztlk* de la quinta dimensión que se enfrenta a *Supermán* y envía a quien él elige a la octava dimensión con sólo hacerle pronunciar su nombre al revés (todos ellos con morfología humana). Es más, esta analogía de “extraterrestres” y “terrestres”, aun manteniéndola en la voz y en la sustancia física, persigue en la mayoría de los casos una forma de comportamiento, una ética, en el límite una identificación. ¿Es que acaso palpita en el fondo de estas creaciones imaginativas el profundo deseo de ser, en un futuro (próximo o lejano) como los extraterrestres, es decir, poseer los atributos que les caracterizan y les hacen superiores a nosotros, los terrícolas?



Figuras del denominado por Peter Kolosimo “periodo marciano” de Tassili.

Sirvan algunos ejemplos extractados de la historia para establecer el estado de la cuestión.

Si se expurga en la narrativa de ficción científica oriental y occidental, religiosa o no, aparece siempre Luciano de Samósata (s.II d.n.era.), uno de los representantes más interesantes e influyentes (y más desconocidos) cuando refleja —frente al mundo animal humano, y desde la pretensión de esbozar un modo de vida acaso sucedáneo de éste terrenal, libre de las trabas de la naturaleza, eterno, etc.—una descripción realista de vida exterior a la Tierra. Su visión desde el conocimiento que se tenía en el siglo II queda reflejada en su *Historia verdadera*. Antes del famoso *De la Tierra a la Luna* de Julio Verne, pero también antes de la revolución copernicana del XVI que estableció el heliocentrismo y sentó las bases de la futura astronomía, antes de los replicantes de *Blade Runner*, los *Nexus 6* (androides como los extraterrestres por más que sean rebeldes y creados por el hombre), antes de la visionaria presencia de extraterrestres de los años sesenta a ochenta, sean los lagartos antropomorfizados de *V* o los *vigilantes* de Arthur C. Clarke, sin olvidarnos del monolito símbolo de la vida inteligente extraterrenal de *2001, una Odisea del espacio* (la llamada piedra filosofal) o los «hombres azules» o «negros», Samósata viaja a la Luna en un artefacto construido según la mecánica grecorromana. A merced de un vendaval, y en una peripecia digna de una lúcida imaginación literaria, alcanza finalmente el satélite de la Tierra (ya no para destruir la poesía romántica o amorosa sino para inaugurar un nuevo ámbito de realidad, acaso seudocientífico). Describe la vida en ese lugar —inhóspito para nosotros que lo hemos pisado, pero no para el Samósata de principios de esta Era—, advirtiendo expresamente: «Una sola verdad diré: que digo mentiras». ¿Cómo son estos «primeros extraterrestres» samosatianos? Desde luego muy distintos a como los diseñó Spielberg en *E.T.* (quien por lo demás tampoco explica su origen, pero su forma es una mezcla de pingüino bobo y humanoide): los de Samósata no son engendrados por mujeres sino por varones (cuán diferente del microscópico bicho extraterrestre de *Alien* que se infiltra en los humanos y crece en su interior). Se casan con hombres e ignoran el nombre de mujer.

Hasta los veinticinco años cada uno es esposa y después se convierte en marido; no llevan sus hijos en el vientre, sino en las pantorrillas; cuando el embrión está concebido, la pantorrilla engorda, y poco después la abren y sacan al niño muerto; lo colocan de cara al viento, con la boca abierta y revive...

Según Samósata, hay una raza de hombres que reciben el nombre de Dentrítas y que nacen de este modo:

Cortan el testículo derecho de un hombre y lo plantan en la tierra; de él nace un árbol enorme, de carne, como un falo, que tiene también ramas y hojas; sus frutos son bellotas del tamaño de un codo. Cuando maduran, los recogen, abren el cascarón y salen hombres. Además tienen miembros viriles artificiales, unos de marfil, y los pobres de madera, y con éstos se hacen el amor y tienen relaciones sexuales con sus compañeros.

Añade a continuación:

Cuando envejecen no mueren, sino que se disuelven como el humo y se transforman en aire. El alimento es el mismo para todos: encienden fuego y sobre las ascuas asan ranas que vuelan en abundancia por el aire de aquel país... En cuanto a su bebida exprimen el aire en una copa y brota un líquido semejante al rocío.

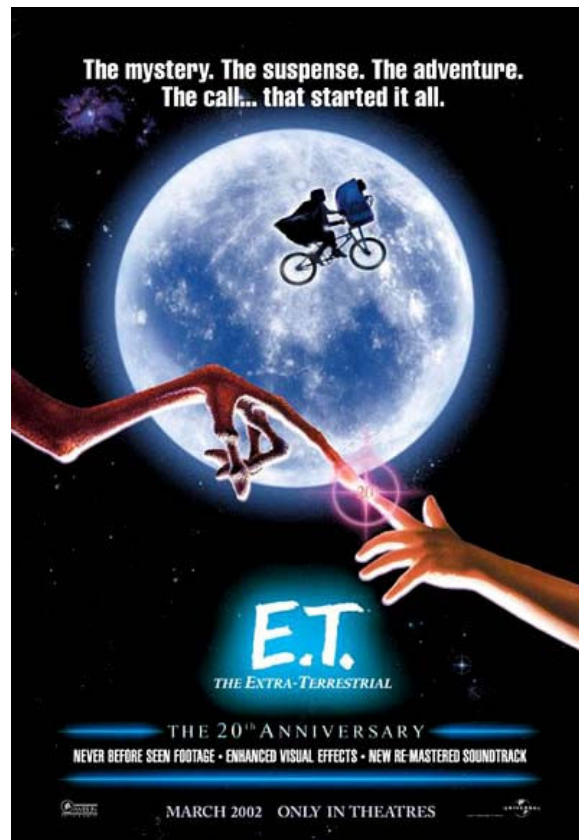
Aparte de las clases de extraterrestres, según Samósata la inmortalidad es participe de sus cuerpos: «cuando envejecen no mueren, sino que se disuelven como el humo y se transforman en aire».

Cuatro siglos antes el atomista Metrodoro (s.IV a.n.E.) escribió:

Considerar la Tierra como el único mundo poblado en el espacio infinito es tan absurdo como afirmar que en todo un campo sembrado de mijo sólo un grano crecerá.

El naturalismo filosófico lleva también al epicúreo Lucrecio a sostener que «hay infinitos mundos iguales y diferentes de este mundo nuestro». La controversia espiritualismo-materialismo tiene su máximo ejemplo, trágico, en Giordano Bruno, místico en el Renacimiento, cuando llegó a escribir que la materia «es en verdad toda la naturaleza y la madre de todo lo vivo». Aunque el hecho que le llevó a la hoguera en la segunda mitad del siglo XVII, después de ser acusado de hereje por la Inquisición, puede ser explicado por su creencia en un Dios que «es glorificado, no en uno, sino en incontables soles; no en una sola Tierra, sino en mil, que digo, en infinidad de mundos».

La creencia en otros mundos habitados distintos del de la Tierra ha sido expuesta de distintos modos, a medida que las distintas técnicas y nuevas ciencias adquirirían entidad y peso categorial. En el siglo XVII, unos años antes de que Giordano Bruno ardiera en la hoguera, John Wilkins admitía que la Luna era habitable. También Descartes, precursor de la gravitación universal de Newton, conjeturaba con la idea de si «en otras partes no existirán innumerables criaturas de cualidades superiores a las nuestras». Será en ese siglo XVII cuando Bernard de Fontenelle en *Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos* alcance el éxito y maraville a la sociedad europea con sus diálogos entre un filósofo (él mismo) y una anónima dama.



«¿Quién puede pensar mucho tiempo en la Luna y las estrellas —se pregunta—, en compañía de una bella mujer?». «La Tierra rebosa de habitantes, ¿por qué, entonces, la naturaleza, que aquí es fructífera en exceso, sería tan estéril en el resto de los planetas?... Pongamos por caso que nosotros mismos habitásemos la Luna, y no fuésemos hombres, pero sí seres racionales, ¿podríamos imaginar, pensarlo, sobre la Tierra, gente tan fantástica como la humanidad?». La respuesta de la condesa es desconsoladora: «Habéis hecho el mundo tan vasto que ya no sé dónde estoy ni qué será de mí ... Protesto, es temible». «¿Temible, Madame? —replica Fontenelle—. Creo que es muy agradable. Cuando el cielo era un pequeño arco azul, salpicado de estrellas, el universo me parecía demasiado estrecho y cerrado, me sentía casi asfixiado por falta de aire. Pero ahora se ha ampliado a lo alto y a lo ancho ... Empiezo a respirar con más libertad, y creo que el universo es incomparablemente más magnífico que antes.»

Diálogo éste desarrollado bajo lo que se ha denominado la «Filosofía de damas», aunque en la actualidad ese diálogo acerca de la existencia de extraterrestres pueda tener su diagnóstico contemporáneo en el capítulo 30 de *La conexión cósmica* (1978) de Carl Sagan:

Están los que predicen una terrible catástrofe si radiamos nuestra presencia a otra estrella. Los extraterrestres vendrán y nos comerán o sucederá algo igualmente desagradable (...) El mensaje a bordo del *Pioneer 10* fue criticado por unos cuantos porque «denunciaba» nuestra posición en la Galaxia. Dudo mucho que tengamos la suficiente categoría como para constituir una amenaza por ahí fuera. Somos la civilización más retirada y la que menos probabilidades tiene de entrar en comunicación, y los enormes espacios entre las estrellas son una especie de cuarentena natural que nos impiden, en un futuro próximo, mezclarnos por ahí arriba o abajo con otros seres.

Desde luego sería el sueco Emmanuel Swedenborg el más insigne representante, desde el siglo XVIII, de esa especulación religiosa y fantástica (no exenta de cierto análisis psicológico) quien describiera el cielo y el reino del más allá o el de los cinco planos del universo (la tierra, el mundo de los espíritus, el cielo natural, el cielo espiritual y el cielo celestial), algunos de ellos habitados por «ángeles» a quienes Swedenborg tuvo el privilegio de conocer y describir en *Cielo e Infierno*: «...Se me ha concedido la posibilidad de estar en compañía de los ángeles y de hablar con ellos en persona. También se me ha permitido ver cómo es el cielo (...) Para adelantarme a cualquier objeción de que esto es una ilusión o una alucinación, se me ha permitido ver [a los ángeles] estando plenamente despierto». Las visiones y explicaciones de Swedenborg plantearon por primera vez una alternativa clara y distinta a la visión del cielo ascético y teocéntrico.

5. En la abundante literatura de ficción y de «contactos» con seres de inteligencia extraterrestre se habla de un universo en donde se encuentran «homínidos-ángeles», entes reales que habitan una dimensión etérea. En nuestro tiempo nos encontramos con una reconstrucción «deliciosa» de ese tipo de *Homo extraterrestre*, debida a Erich Von Däniken, quien en *El retorno de los dioses* (1997) expone una de las teorías sobre los extraterrestres acaso más crítica frente a otras teorías especulativas, inocentes o ramplonas, o incluidas en el género de la ciencia ficción. Sin embargo, su postura pide referencias a las condiciones históricas en las que surgió el fenómeno extraterrestre, incluso tiene presente el desarrollo de la genética en nuestro siglo, por

más que rechace la teoría evolucionista de Darwin, incluso la teoría sintética de la evolución, apelando a la instauración de una nueva elucubración, gratuita en tanto, además, no tiene presente el saber acrítico, bárbaro y mitológico para propiciar su estudio. Pues su defensa de la «filosofía paleobiet» (*paleo* = antiguo y *biet* = búsqueda de inteligencia extraterrestre) se sitúa en la discriminación de las religiones acusándolas de falta de sentido, ancladas en la fe, y frenadas por tanto. De ahí que tal tipo de filosofía ancle sus piezas clave en «una nueva forma de pensar» (*sic*).



Fotograma de la película Metrópolis

En cualquier caso, y desde estos supuestos, el relato de la aparición del hombre ofrecido por Erich Von Däniken queda reducido a términos que bien pueden ser admitidos como hipotéticos, literarios si son interpretados desde un punto de vista fenomenológico, pero estrictamente gratuitos desde una visión no fantástica, y agresiva hacia la lógica racional:

Quando la nave espacial materna gigante de los extraterrestres llegó a nuestro sistema solar, los extraterrestres que iban a bordo ya habían oído hablar desde hacía mucho tiempo del tercer planeta. Sólo en este planeta azul se cumplían todas las condiciones para la vida. Los extraños descubrieron gran abundancia de formas de vida, entre las cuales se contaban nuestros antepasados primitivos. Aunque eran mudos y torpes, eran por entonces la forma más elevada de vida en la Tierra. Los alienígenas tomaron, por lo tanto, a una de las criaturas y la alteraron genéticamente: una idea que ya no es tan inconcebible en nuestros tiempos.

En algún momento dado, un grupo de extraterrestres descubrió que su experimento con el primer *Homo sapiens* había tenido éxito y que podían dejar la Tierra en manos de este ser humano nativo. Sin duda, era más inteligente que todas las demás criaturas

que andaban a cuatro patas o que volaban; tenía también las herramientas ideales para emprender lo que quisiera: sus manos. Para que este ser se multiplicase hacía falta una hembra: Eva, o comoquiera que se llamase nuestra madre primigenia (...)

La pareja de *Homo sapiens* fue introducida en un jardín protegido (Biosfera I) y se les enseñó el habla, tal como nos informa el *Génesis* (11, 1): «Y toda la tierra tenía una sola lengua y una sola habla.» ¡Adán pudo dar nombre a todas las cosas por fin! El programa incluiría también una educación moral y enseñanzas prácticas para el desarrollo de la agricultura y de los oficios.

Postura reafirmada ya en otros escritos del propio Däniken, por ejemplo en *La respuesta de los Dioses*, en donde no se aparta de lo dicho en el texto antes mencionado y su afirmación tajante se mueve en idéntico compás:

Las visitas a la Tierra de esos seres desconocidos del cosmos fueron registradas y transmitidas por mediación de las religiones, las mitologías y las leyendas populares. En algún lugar, por ahora ignorado, existe un depósito con las pruebas materiales de su presencia.

Pero las tesis acerca del origen de los extraterrestres se mueven en una nube de hipótesis y teorías farragosas cuya base histórica y arqueológica en su caso queda ausente o discriminada en función de los parámetros elegidos, de las fuentes históricas (leyendas, testimonios, relatos míticos, etc). Esta es, en suma, la posición de Erich von Däniken cuando discrimina la historia, o mejor dicho abomina de ella en tanto ciencia o disciplina para alcanzar un terreno explicativo, por ejemplo, del origen de las leyendas bíblicas («Los libros de historia y de investigación borran, rompen y destruyen, pero las leyendas no», escribe en *El retorno de los dioses*).

6. Si los seres superiores descritos en las obras de ciencia ficción en cuanto robots no pueden ser considerados extraterrestres en estado puro (han sido creados por el hombre como, recordemos, los replicantes de *Blade Runner* o el ordenador Hal de *2001: una Odisea del espacio*), reúnen sin embargo unos atributos que les confieren perfección e inteligencia superiores (cuasi divinas) que están en el origen de la «creación» de tal especie avanzada. Sociedad cuya base bien podría ser la descrita por Aldous Huxley en *Un Mundo feliz*. Es decir, podrían ser considerados análogos a los



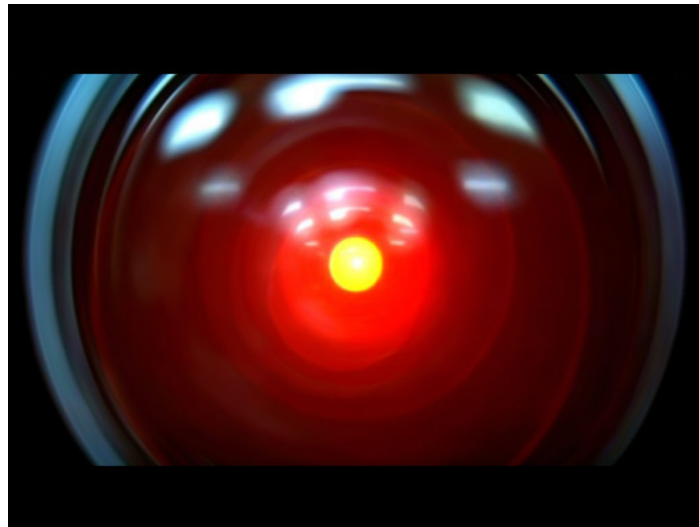
extraterrestres. Esta es la cuestión, a nuestro juicio, decisiva: ¿puede el hombre alcanzar en algún momento esas capacidades atribuibles a los extraterrestres?

En el fondo de la creencia en ese tipo de máquinas (robots, replicantes u ordenadores de última generación) acaso palpita el deseo de la inmortalidad biológica. Curiosamente, el avance científico, sea el astronómico o el fisiológico, o el genético, etc., está detrás de buena parte de las obras de ciencia ficción. Kubrick construyó el ordenador Hal 9000 con esa creencia: seres, espíritus, entidades que tendrían un conocimiento total, una potencia casi divinas. Y ello para un fin concreto: defender la tesis de la existencia de vida extraterrestre investigando la sonda alienígena que orbitaba alrededor de Júpiter, el planeta más grande del Sol.

Pero el HAL 9000 es la representación en el plano de la imaginación del destino utópico del hombre-máquina, también de la rebelión de la Máquina contra el Hombre. Detrás de esta creencia una abundante literatura de ciencia ficción ha derrochado imaginación: robots antropomórficos, máquinas inteligentes capaces de recoger los atributos humanos, sociedades robotizadas que escapan al control de la voluntad humana han sido el centro de esa literatura que desde principios del siglo XX ha alcanzado el beneplácito de cierto tipo de lectores. En *The City and Stars* (1953) Arthur C. Clarke construye una ciudad sobre la base de esclavos-máquinas. E.M.Forster en *The Machine Stops* (1909) crea una ficticia sociedad humana aislada o recluida bajo la tierra custodiada por una máquina. Sirva de paradigma de esta literatura ficticia Raymond F.Jones en *Renaissance* donde el protagonista dice: «Enseña a la gente a construir y soñar grandes y más grandes máquinas hasta que puedan alcanzar las estrellas. La Máquina es la poesía del hombre y su música, y todo su arte». La máquina ha pasado a ser el ideal de perfección, en el extremo el anhelo por alcanzar la capacidad divina, la perfección absoluta: En *The Lord of the Dynamos* (1894) H.G.Wells convierte a las máquinas en puros Dioses acaso apelando al deseo, de algún modo metafísico cuando no ignorante, de suplantar a un ente inexistente («El hombre es el ser que proyecta ser Dios», ya escribió Sartre en *El Ser y la Nada*).

Stanley Kubrick estrena en 1968 (pocos meses antes de que la nave Apolo llegue a la Luna y el hombre la pise) *2001: una Odisea del espacio* a partir de un relato del escritor Arthur C. Clarke, *El Centinela*. A raíz de ese estreno la película marcará hasta

nuestros días, con toda la carga de simbología, ambigüedad y diversidad de interpretaciones desencadenadas, la pauta y la referencia de buena parte de la filmografía y la literatura de ciencia ficción. Pero nuestro propósito aquí, al margen de otras consideraciones que podremos hacer más adelante respecto de *2001: una Odisea del espacio*, se refiere al protagonista tal vez más sutil y mejor definido de la obra, desde luego inquietante literariamente: la máquina ordenador denominada por Arthur C. Clarke HAL 9000.



El ojo-objetivo del ordenador Hal 9000 de *2001 una Odisea del espacio*

Máquina creada para organizar y controlar todos los dispositivos de la nave *Discovery* («Descubrimiento») en su viaje a Júpiter y cuya misión secreta será conocida sólo por él y no por los tripulantes de la nave espacial, Hal fue construido con una particular disposición para no errar, para que la distinción entre lo verdadero y lo falso quede diferenciada en cada acción verbal del ordenador (su modo de comunicación), en cada decisión ejecutada, en cada pensamiento. Creado así (sólo existen dos ejemplares más) desde la imaginación de Arthur C. Clarke, Hal es un prototipo indiscutible, el primer pasajero del *Discovery*, un Argos con sus cien ojos, un ojo rojo al que Kubrick hace hablar desde cualquier punto de la nave:

Todos nosotros estamos a prueba de falsedad... Disfruto trabajando con las personas (...). No quiero insistir en ello, Dave, pero yo soy incapaz de cometer un error (...)

Pero el ordenador de última generación cumple otro propósito dentro del esquema de Kubrick. Es una máquina que (por poner una fecha clave) desde la Revolución Industrial no ha hecho sino evolucionar (ya Gómez Pereira y Descartes, Malebranche también, La Mettrie, consideraron en su tiempo a los animales salvajes puras máquinas), a la par que el hombre, pero que en el campo de la imaginación y desde Luciano de Samósata o Julio Verne también ha evolucionado paralelamente, «adelantándose» a veces a la propia realidad científica. Hal es heredero de Robby, el robot bueno, inteligente e inseparable de sus compañeros-personajes, héroes o antihéroes de *Planeta prohibido*, el film de Fred MacLeod Wilcox (1956), que será a partir de entonces el paradigma de buena parte de la narrativa cinematográfica. Heredero asimismo del maligno Mabuse de *Doctor Mabuse*, de Fritz Lang (1922) y de la super computadora maléfica ansiosa de poder de *The Invisible boy* (Herman Hoffman, 1957), incluso de *I, Robot* (1950) de Isaac Asimov. Pero a nuestro juicio, la máquina-inteligencia de Kubrick, tal como la expone a propósito de *2001: una Odisea del espacio*, es una entidad ya no humana sino supra humana, con conciencia, independiente, sin la rémora de ninguna experiencia anterior, por tanto sin memoria ni conducta extraída del pasado, adquirida y evolucionada (al igual que Robby o los replicantes de *Blade Runner*, aunque estos últimos tengan una memoria y un pasado impuestos por su creador); ha sido creado por la mente del hombre pero es independiente de ella: ese es Hal, un primer paso en las tres etapas evolutivas distinguidas por Kubrick y de las que más adelante hablaremos.

Cuando David Bowman (junto a Frank Poole los únicos tripulantes de la nave, aparte de otros tres astronautas sometidos a hibernación) inicia la desconexión del Hal, máquina por tanto creada no sólo a imagen y semejanza del hombre, como lo haría Dios, sino acaso como la ficción de lo que debería ser el ser humano (tal vez en «espíritu», al menos con esa intención lo esboza Kubrick cuando habla de entidades futuras con energía pura, es decir, espíritus), es consciente de la *consciencia* de Hal. Cual humano «necesitado de saber», creada en estado inocente al igual que Dios creó al hombre —«Pero demasiado pronto había entrado una serpiente en su Edén electrónico»—, Hal es el siniestro destino creado por una civilización para sustituir en el límite las incapacidades anteriores al estado de inocencia del hombre. Asexuada si humanamente hablamos, sin sexo aparente, inexistente, parece que el director Kubrick

tenía pensado ponerle voz femenina y llamarlo Athena. Según declaró a Yvette Romi («Le Nouvel Observateur», 23-setiembre 1968) Kubrick considera que «la máquina es el sexo; la máquina es la belleza. Es belleza en movimiento». Hal es capaz no sólo de controlar autónomamente toda la nave espacial diseñada (más allá de la impresión visual trasladada magníficamente al celuloide por Kubrick), sus complicados mecanismos, sino capaz de prever los errores, diagnosticarlos y enviar los mandatos precisos; también de tener miedo, y desde luego de pensar, ser inteligente, «cavilar» (*Ibid.*) a partir del secreto de la misión impreso en sus circuitos desde la Tierra y que ningún miembro de la tripulación conoce salvo él (que no es otro que investigar en Júpiter —Júpiter: padre de todos los dioses, rey de todos los hombres— la señal de inteligencia extraterrestre emitida por el monolito descubierto en la Luna que según los cálculos está dirigida hacia ese planeta). Todo el capítulo 27 de *2001: una Odisea del espacio* está dedicado a Hal y él habla y a él se refiere en tercera *persona*. Como tal persona, y a pesar de su perfección ejecutoria, llega a hundirse en la soledad de sí como máquina superdotada, a tener sensibilidad («Respecto a si tiene verdaderos sentimientos, no creo que nadie pueda decirlo», señala Poole en una entrevista desde la Tierra), también a cometer errores, a conocer la violencia, a pensar en la relación establecida con los dos únicos tripulantes (con los que establece estrechas relaciones procurándoles un ocio agradable e incluso consuelo), y en fin a rebelarse ante las directrices del Control Central de la Tierra; rebelión también ante los tripulantes, hasta llegar a cometer el «asesinato» de Poole, hecho que desencadenará la decisión extrema de Bowman de desconectarlo. Sólo la muerte de Hal podrá detener, en último extremo, el progresivo dominio adquirido por la máquina.

Desconexión que significa, y en el plano analógico que nos movemos, la Muerte, la desaparición de Hal (*demasiado humano* respecto de los dos astronautas de la *Discovery*) y todos los circuitos de su cerebro (panel de «Realimentación cognoscitiva», panel de «Autointelección», «Reforzamiento del Ego», etc) frente a la que el mismo Hal se rebela aunque impotente: «Pues él no había dormido nunca; y, en consecuencia, no sabía que se podía despertar de nuevo...» (*Ibid.*).

«Deténgase. Tengo miedo. Mi cabeza se va. Siento que se va. Todo es confuso para mí», dice Hal cuando Bowman va desconectando sucesiva y lentamente las

complejas unidades de los paneles garantes de la vida del ordenador. Si tal vez pueda hablarse de asesinato, en verdad la muerte de Hal no es sino el nacimiento literario de una metáfora, el último recurso que le resta al hombre para salvarse de los valores perimidos de la técnica.



Sin embargo, el texto de Clarke, sustancialmente distinto del guión cinematográfico (es conocida la ácida polémica que mantuvieron en su momento Kubrick y Clarke acerca del guión definitivo), explica la inocencia tanto como la capacidad omnisciente, cuasi divina de la máquina Hal.

Cuando Dave la desconecta, las últimas palabras de Hal hasta la expiración total (cf. § 27 y § 28 del relato de Clarke) son significativas del instante imaginativo, del momento metafórico:

Dave. No comprendo por qué me está haciendo esto... Tengo un gran entusiasmo por la misión... Está usted destruyendo mi mente... ¿No lo comprende ...? Me voy a hacer infantil... pueril... me voy a convertir en nada... Soy un computador HAL Nueve Mil, Producción número 3. Me puse en funcionamiento en la planta Hal de Urbana, Illinois, el 12 de enero de 1997.

Para el propósito que nos mueve ahora es conveniente recordar la apología científico-mágica que el propio Kubrick expuso al estrenarse *2001: una Odisea del espacio* (Entrevista de Renaud Walter en «Positif», número 100/101, diciembre 1968-enero 1969); ella representa acaso el paradigma moderno del sustento científico que retroalimenta la literatura de ciencia-ficción como género literario, cuando Kubrick justifica *2001* por la creencia de los sabios y astrónomos en que el universo está habitado por la Inteligencia, y la fascinación que le produjo cuando se apercibió de que la vida puede alcanzar varios niveles como, por ejemplo, el de la inmortalidad biológica:

Los químicos piensan que se puede detener con medios químicos el envejecimiento de las células, e incluso invertir su proceso. Esto constituye la primera etapa, en

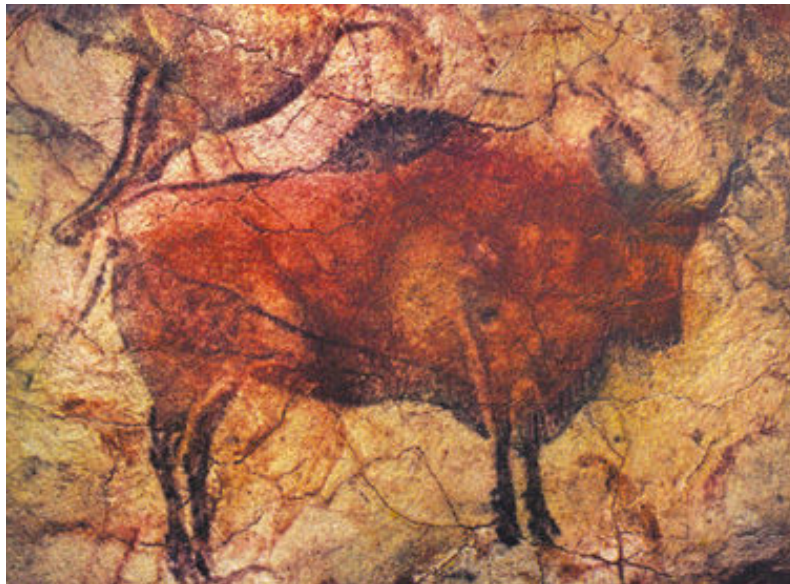
trescientos o quinientos años.

En una etapa posterior, en diez o cincuenta mil años, las máquinas-inteligencias desempeñarán un primer papel en el planeta, pues todas las experiencias que las criaturas biológicas puedan conocer podrán ser también vividas por las máquinas. Tendremos un mundo en el que las máquinas serán más útiles que los hombres (...).

En una etapa final, se llegará a entidades que tendrán un conocimiento total y podrán convertirse en seres de energía pura, en una especie de espíritus.

Tales seres poseerán una potencia cuasi divina, comunicación telepática con todo el universo, «dominio completo sobre todas las materias, capacidad para hacer cosas que hoy se atribuyen solamente a Dios».

Y concluye Kubrik: «Esto es lo que me fascinó en el tema, es el fondo de la película y su razón de ser».



Pintura de bisonte de la cueva de Altamira. Cantabria

Este espiritualismo disfrazado de científicismo recuerda al «Punto Omega» enunciado por el padre Teilhard de Chardin, según el cual todo el universo tiende, en su sentido evolutivo hacia un estado (¿final?) en donde los organismos vivos, diríamos los animales humanos linneanos encontrarían la inmortalidad (¿y por qué no el resto de especies animales? ¿acaso porque no tienen alma?). Es también la postura, desarrollada y evolucionada desde hace unos años, por Frank J.Tipler en su controvertido libro *La*

Física de la inmortalidad (1994) en donde no sólo se propone demostrar físicamente la existencia de Dios sino la existencia de la vida eterna utilizando además los términos de Theilard de Chardin desarrollados en *El Fenómeno humano* (1938-1940).



Mutante de la película *El planeta de los simios* (1968), de Tim Burton.

Pero Hal, en tanto máquina-inteligencia, significa también el fin de una etapa de la ciencia ficción, una crítica a la literatura entregada al fácil discurso metafórico sobre la existencia de entidades no humanas, no terrícolas si se quiere, provistas de características espirituales superiores, *númenes* extraterrestres, en suma. En la línea del Julio Verne de *De la Tierra a La Luna, 2001: una Odisea del espacio* nace cosida al avance científico (sin olvidar desde luego que es una obra de ficción), y es quizás la que mejor refleja la frase de Eluard: «Hay otros mundos, pero están en este», que curiosamente encabezaba en los años setenta los divulgativos libros de Plaza & Janés sobre extraterrestres.

7. Tal vez la tesis de fondo que subyace a esta crítica sea la siguiente: el advenimiento de un mundo en donde los hombres ya no sean sino seres hechos a imagen y semejanza de las máquinas (a diferencia de las religiones monoteístas (cristianismo) que consideran al hombre creado a imagen y semejanza de Dios). Tesis maravillosa para la fantasía literaria, que se desprende del ámbito material, tecnológico contemporáneo en donde la máquina ocupa un lugar casi divino, como extensión del sistema nervioso central (Marshal McLuhan hablaría de «prolongaciones» capaces de

crear «cultura»: teléfono, escritura, televisión, etc.), aunque la definición científica dada por los investigadores del genoma humano definirían al hombre como un organismo que es un sistema caótico complejo determinativo. Será pues el fetichismo de las máquinas la característica fundamental de nuestro tiempo en este terreno técnico, de útiles, máquinas-robot que invaden los hogares; una tecnolatría que contrasta con los nativos de Nueva Guinea cuando adoraban al «gran pájaro de hierro» que sobrevolaba la selva. El Premio Nobel de Literatura Wole Soyinka ha visto este nuevo territorio de implantación de tecnologías avanzadas en el África Occidental y en su pueblo, el *yoruba*, de este modo: «sabe integrar la ciencia y la tecnología en el panteón de sus divinidades».

Será este reduccionismo (hablaríamos aquí de la Máquina-Dios), que suplanta los valores tradicionales y ejerce su desafío el que impregne la fantasía literaria; reduccionismo en cuanto las propias vivencias del hombre puedan ser transferidas a las máquinas superando al propio Hal y a *Robocop* e incluso a *Supermán* (virtualmente humanos como los replicantes de *Blade Runner* pero curiosamente también androides) e incluso el propio miedo a los extraterrestres, ¿por qué no? ¿No es la máquina un *ser* androide, también?